



SEMENARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año III



14 de diciembre de 1889



Núm. 111



UN FRACASO

UN RATO DE CHARLA

VAMOS á tronar hoy contra otro vicio que se nos ha pegado de pocos años; y por cierto que es mucho cuento que el gitanismo, el atolondramiento, la frivolidad y lo de que hablaré en seguida sean cosa tan fresca.

No se crea, sin embargo, que yo espere ni me proponga conseguir el menor resultado inmediato de mis consejos y censuras; no es esa mi idea, ni me dirijo á los de hoy: trato únicamente de predicaros por si acaso cuando-seáis mayores os acordáis de lo que os decía vuestro amigo *Antoñito*. Ya sé que corregir el actual estado de costumbres es imposible, y no perdería yo nunca el tiempo en semejante designio. Empiezo, pues.

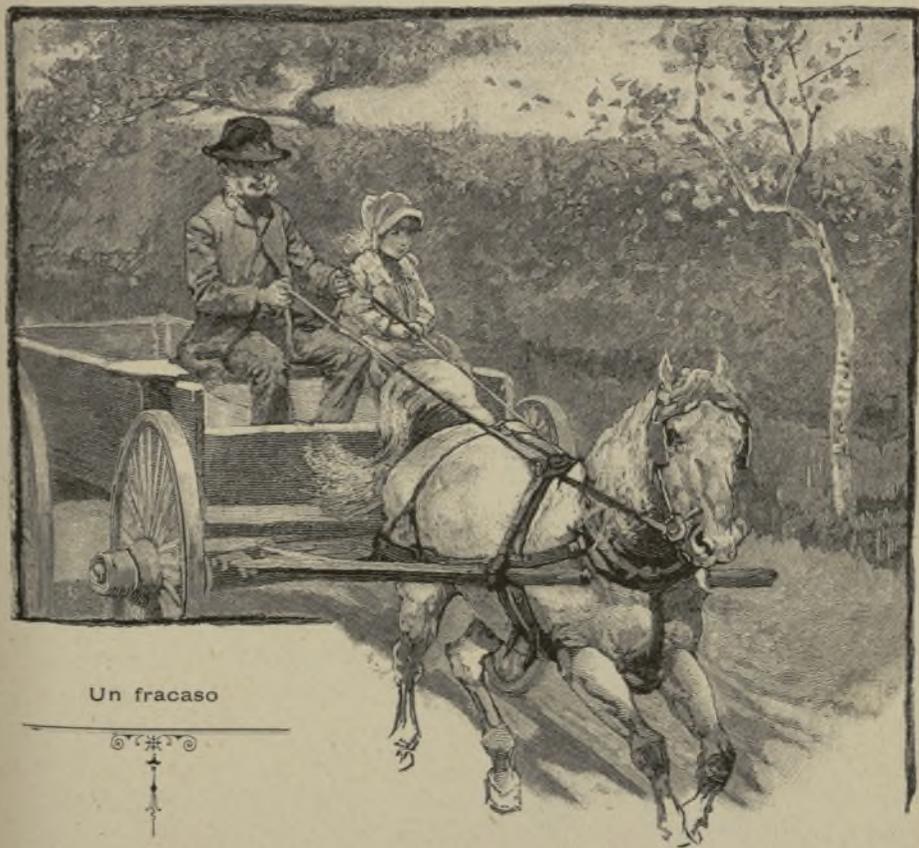
¡*El bombo!* Hé aquí una de las más feas manifestaciones del novísimo orden de cosas. El *bombo*, el *reclamo*, que no son otra sino una de las varias caras de lo que llaman en Cuba la *sinvergüencería*. Y ¡qué triste impresión produce ver cómo se ha aclimatado en España ese odioso abuso! Inútil es todo mérito si no se hace valer con el reclamo, si no se paga á tanto la línea ó á tanto el paseo de los *hombres-anuncios*. Es más ilustre quien más se exhibe; vende más quien más cansa y aburre á la gente con el eterno *memorandum* de sus productos.

El reclamo es un Proteo que toma mil diferentes aspectos que no aciertan á veces á conocer los bobalicones. Ya es una noticia propalada por el mismo interesado aunque á primera vista aparezca en detrimento suyo, pero que le da ocasión á *replicar* y á que la gente tenga que acordarse de él; ya es un escándalo premeditado para que se fije la atención en el que lo da; ya es una acción caritativa que sirve luego para contar con algunos votos en las elecciones de concejales.

Algunos abusan de una manera escandalosísima del reclamo: nombres hay que se los encuentra uno en la sopa, debajo de la cama, dentro del bolsillo de los pantalones; y ello es que la labor podrá ser ignominiosa, pero acaba por producir sus resultados.

La publicidad de los periódicos sirve admirablemente para crear esas reputaciones esencialmente basadas en el bombo y el reclamo; y menos mal aún cuando no ocasiona peores males que dar gato por liebre. Por ejemplo, no diré yo que el bandido cono-

cido con el apodo de *Pancha Ampla* no mereciese la horca; pero, en realidad de verdad, distaba infinito de ser el terrorífico personaje que *le hicieron* los periódicos. Diríase que así como los remedios homeopáticos tienen, según aseguran los sectarios de aquella doctrina, tanta mayor fuerza cuanto más se les diluye, pasa lo mismo



Un fracaso

con las reputaciones. Pues si á fuerza de repetir y repetir y repetir y repetir y más repetir el nombre de *Pancha Ampla* se acabó por hacer de él un héroe por fuerza, lo mismo sucede en otros ramos (bien que honestos) de la actividad humana.

Tanto y tanto se machaca sobre Fulano de Tal, que por último acaba su nombre por clavarse en el cerebro, como un alfiler en un acerico, y ya está allí permanente. Ya está hecha su reputación.

La plaga es de procedencia norteamericana, pero aquí la importamos de Francia, cabiéndonos á estas horas la satisfacción de habernos dejado atrás á nuestros vecinos. Así, en materia de me-

dicinas, de libros y de cuadros no hay país como éste, en que el bombo, el reclamo, la rabiosa exageración hayan llegado tan allá, hasta los últimos límites.

Esta inmensa falsificación produce los más amargos frutos, como se comprende, facilitando el camino á las nulidades y medianías audaces. Hay en España quien goza fama de *sabio*, siendo un adoquín, un mal zurcidor de retazos de gacetillas francesas, tan solamente por su habilidad en el reclamo; y, no obstante, se le tiene por una gran cosa, y lo que es el colmo, por un pensador *¡¡original!!*

En cambio abundan los ilustres que no conoce nadie. Apenas se sabe que exista el gran poeta Federico Balart; háblase de Menéndez Pelayo más de oídas que de haberle leído; pocos conocen el nombre de D. Francisco Giner de los Ríos; no se ha fijado todavía bastante la atención en la vastísima ciencia de Labra; ignórase que exista ese prodigioso sabio llamado D. Joaquín Costa, la mayor autoridad en protohistoria española. Todos ellos han huído de darse bombos (porque los bombos casi siempre se los da uno mismo), y de ahí que no anden sus nombres en boca del vulgo, que se sabe tantos otros.

Pero esto se va haciendo largo y debo concluir. Resumiendo: poneos en guardia cuando oigáis repetir demasiado las alabanzas á determinado fabricante de menjungues ó á particular confeccionador de productos literarios. El mérito verdadero antes se oculta que se pavonea.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO





EL TEMPLO DE SALOMON

Todos habréis oído hablar de este maravilloso templo, uno de los prodigios más sorprendentes que han admirado las edades.

Alzábase el suntuoso monumento á lo alto de un monte defendido por robustos muros y á cuya cumbre se llegaba por medio de espaciosas escaleras.

En su construcción empleó el rey sabio treinta mil obreros, diez mil para que fueran al Líbano todos los meses á cortar cedros y abetos, sesenta mil para acarrear las cargas y ochenta mil para labrar las piedras. Había además tres mil sobrantes y otros trescientos jefes que daban órdenes al pueblo.

La descripción bastante confusa que el Antiguo Testamento nos ha dejado de esta famosa obra no permite dar idea bastante concisa acerca de su primitiva edificación. El templo edificado ó, por mejor decir, mandado edificar por Salomón duró cuatrocientos veintitrés años, y fué destruído por Nabucodonosor. Reconstruído después de la cautividad, padeció mucho, y fué reedificado casi completamente por Herodes y destruído hasta sus cimientos por Tito. Cincuenta años más tarde, Adriano levantó sobre sus ruinas un templo pagano que Justiniano convirtió en iglesia. Los mahometanos han edificado en su solar una mezquita.

Según las descripciones que tenemos del templo de Jerusalén, se ve que estaba precedido de un pórtico y dividido en dos partes separadas por una puerta de madera de cedro. Uno de los dos departamentos se llamaba *el santo*, y el otro *el de los santos*.

Las dependencias que encerraban los archivos, los tesoros y los objetos necesarios para el culto formaban tres pisos y correspondían á la parte exterior del edificio.

Había muchos patios, cuyas dimensiones y forma de construcción no es posible precisar: sólo sabemos que para el exterior sólo se ha empleado la piedra, y en su interior la madera, dorada ó cubierta con hojas de oro.

M. Batissier, en su *Historia del arte monumental*, dice: «Nos inclinamos á creer que el templo de Salomón ha sido más célebre en la antigüedad por su magnificencia que por sus dimensiones. Para convencerse de ello basta observar que sólo los sacerdotes podían penetrar en aquel santuario y que el pueblo estaba obligado á permanecer en el segundo atrio: claro está, por lo tanto, que no podía compararse, en cuanto á sus dimensiones, ni al templo de Efeso ni á la basílica de S. Pedro de Roma.

»Esto aparte, ningún monumento de la antigüedad fué más ricamente exornado que dicho edificio, pues además del Arca santa, del candelero, del candelabro y de los altares, contenía diez mil mesas de oro cargadas con más de cien mil vasos del mismo precioso metal.»

El candelero de siete brazos figura en un bajo relieve del arco de Tito. En cuanto á los querubines que abrigaban el Arca de la Alianza bajo sus alas, créese generalmente que eran toros alados con figuras de hombres.



Las dos cabras

Una puerta, enterrada hoy día, da acceso á un patio cuadrado abierto en la roca. Se han hallado allí los nichos destinados á guardar las lámparas sepulcrales, y varias ánforas de alabastro y pórfido rotas.

Cuando estuvo edificado el templo, el rey sabio celebró su consagración con magníficas fiestas, habiéndose degollado durante ellas veinte mil bueyes y cien mil ovejas.

En aquella ocasión fué cuando el rey poeta, que había compuesto tres mil parábolas y mil y cinco cantares, escribió su más hermoso cántico.

«Yo te he edificado esta casa, Señor, para que habites en ella y establezcas tu trono perpetuamente.» El cual no trascribimos íntegro á causa de sus dimensiones y por venir extractado en la mayor parte de libros piadosos y otros dedicados á vuestro estudio.

A. OZORES



EL MÚSICO

RECORRIENDO las calles con la cabeza descubierta y el sombrero pendiente por detrás, amarrado al pescuezo por una cinta, y apoyando sus descarnadas manos sobre un antiquísimo acordeón, al que á fuerza de muchos golpes en el teclado hace dar algunos sonidos, va un pobre músico. De cuando en cuando va á pararse delante de una casa que por su exterior le dice que es habitada por gentes que tienen elevada posición, y, como queriendo dar á conocer toda su fantasía, hace al viejo instrumento dar notas y más notas, que más bien, por lo descompasadas, parecen una *cencerrada* que una sucesión de sonidos armónicos, que era lo que la pobre imaginación del músico quería darle á su tocata.

Roque, que así se llamaba el músico, recorría las aldeas, iba á las ferias de los pueblos, y con las limosnas que recogía se alimentaba y mantenía su débil existencia.

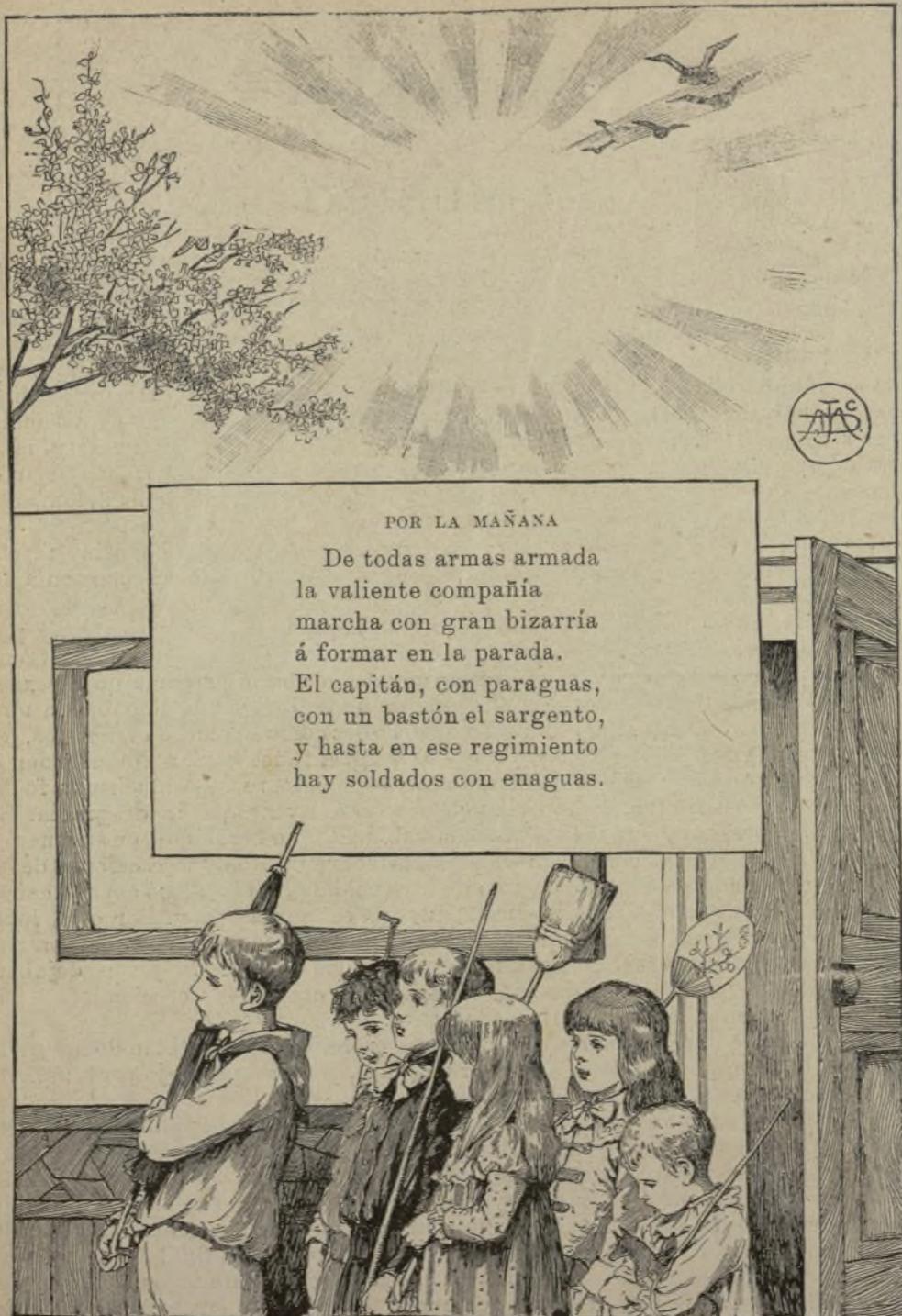
Un día, que como de costumbre recorría los pueblos, y cuando apenas podía dar algunas notas ya su destruido instrumento, y sentado junto á la fuente del pueblo de Villamayor, meditaba y consideraba lo precaria de su existencia. El abatimiento en que estaba sumido no le dejó ver la llegada de una niña de rubios cabellos, tez blanca y ojos azules como el azul de los cielos, de escultural figura. Sus pies descalzos y ensangrentados hacían comprender á cualquiera que la joven había sufrido muchos malestares. La muchacha fué á sentarse junto á Roque, como si la pobreza fuese á unirse á la desgracia. El cuadro que presentaba la fuente era admirable. Roque embebido en sus meditaciones; el acordeón caído con indolencia sobre uno de los escalones de la fuente; el morral, casi vacío, encima de otro peldaño; y el nudoso cayado caído con indolencia sobre el fangoso suelo que rodea aquel lugar. Por otro lado la joven, entregada como Roque á sus meditaciones, cuyas carnes dejaba ver al través de sus harapos. De cuando en cuando los ojos de la joven dejaban verter por sus tostadas mejillas una lágrima, y creciendo, creciendo, en su aflicción rompió á llorar desconsoladamente.

Roque, que durante esta escena parecía no haberse apercibido de la aparición de la joven, se volvió al escuchar el llanto, y quedó perplejo contemplando á la muchacha.

Por fin, al cabo de algún tiempo, se atrevió á dirigirla la palabra.—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?—fueron las primeras palabras del músico. A lo cual contestó ella:—Soy una joven, y mi nombre es *Pobreza*; pero no quiere decir eso que no sea honrada, pues soy tan pura como las flores antes de recibir el primer beso del sol.—Siguió preguntando Roque á la muchacha, y ella le refirió una historia llena de desdichas y aficciones, cuyo final fué que la joven fuera desde entonces la compañera perpetua del pobre músico.

Desde aquel día la muchacha acompaña á Roque en sus excursiones y le ayuda con sus canciones á ganar su sustento, y desde aquel día viven juntas la *Música* y la *Pobreza*.

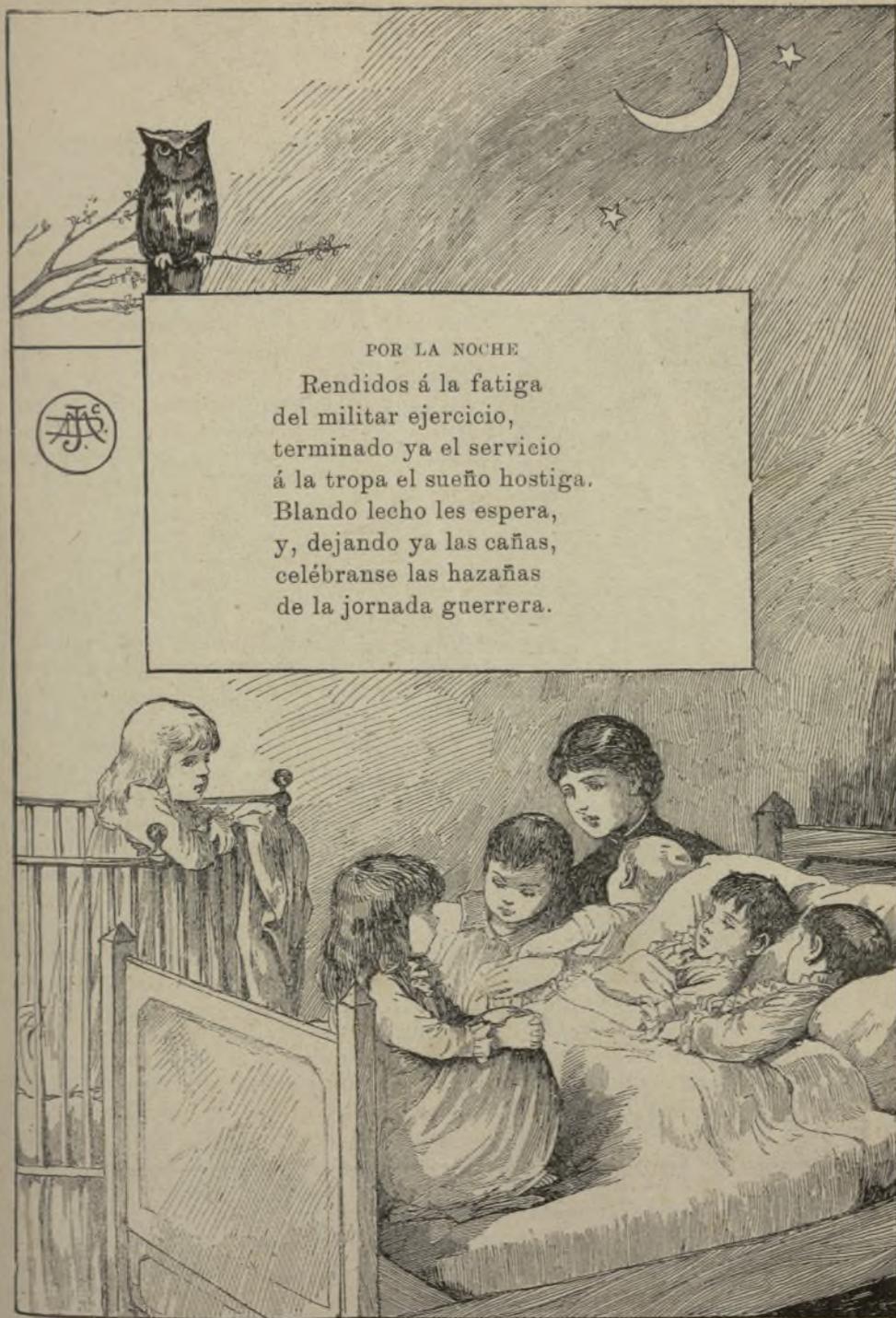
ANTONIO RODRÍGUEZ Y GORDÓN



POR LA MAÑANA

De todas armas armada
la valiente compañía
marcha con gran bazarria
á formar en la parada.
El capitán, con paraguas,
con un bastón el sargento,
y hasta en ese regimiento
hay soldados con enaguas.

Jugando á los soldados



POR LA NOCHE

Rendidos á la fatiga
del militar ejercicio,
terminado ya el servicio
á la tropa el sueño hostiga.
Blando lecho les espera,
y, dejando ya las cañas,
celebranse las hazañas
de la jornada guerrera.

Jugando á los soldado-

CONQUISTA DE MÉJICO

(Conclusión)

Uno de los embajadores, llamado Tenti, le dijo que no era posible semejante cosa, pues ni lo toleraría Motezuma ni sus vasallos tampoco.

Cortés le recordó que como embajador no tenía derecho á hablar de este modo, previniéndole que se limitara á traer la respuesta de Motezuma y nada más.



Cómo ayudó Juanita á su mamá

Esta llegó en seguida, y los embajadores se presentaron de nuevo á Cortés intentando disuadirle de su resolución; pero éste les dijo entonces, con voz firme, que el principal objeto de su venida era desterrar de aquel país la idolatría en que se hallaba sumido. Esta respuesta admiró primero y luego indignó á los embajadores, los cuales dijeron á Cortés que, si hasta ahora Motezuma les había tratado como amigos, en lo sucesivo les consideraría como enemigos; y partieron en seguida.

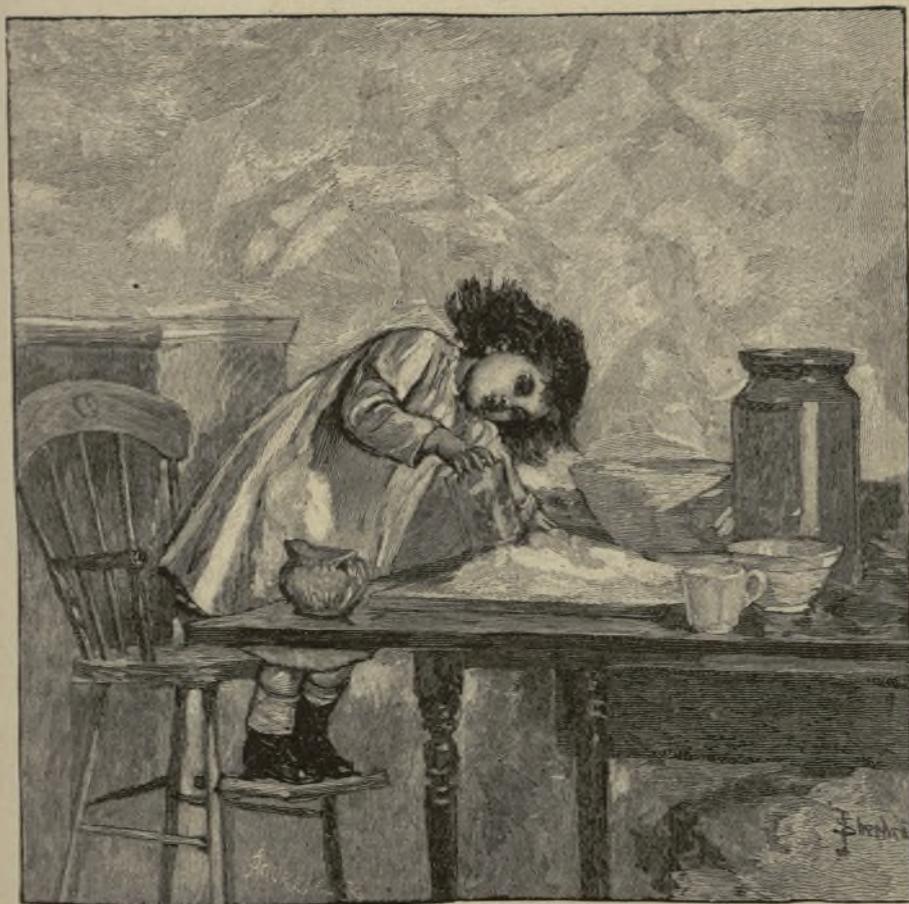
Cortés, viendo que las comunicaciones con los indígenas habían cesado, pero dispuesto á no retroceder un paso en el camino que se había trazado, se preparó á resistir con su pequeño ejército á las fuerzas mejicanas.

Al saber esto en el campamento, hubo una insurrección dirigida por algunos amigos de Velázquez, y principalmente por D. Diego de Ordaz, que expuso á Cortés el deseo de volver á Cuba que tenían sus soldados.

Cortés, reprimiendo su indignación, contestó que los que tal quisieran podían hacerlo; pero esta respuesta indignó más á los soldados, que se dirigieron en tumulto á la tienda de Cortés, el que preguntó qué sucedía, y entonces le dijeron que de regresar á Cuba no era más que para alistar nuevas tropas, y en seguida volver, más dispuestos que nunca, al camino trazado, pero de ningún modo para abandonar la empresa. Cortés replicó que él no volvería atrás ni un paso en su camino, pero que si alguno de los que iban con él le seguía contra sus sentimientos, podía regresar á la isla, y que, pues Velázquez le había destituido, estaba dispuesto á ceder el mando á quien ellos juzgasen supiera dirigirlos. Esta respuesta produjo los resultados que esperaba, y sus soldados le aclamaron y dijeron que irían con él á donde quisiese llevarlos sin volver á hablar de retroceso.

Sometidas sus tropas, Cortés se alió con algunos pueblos y caciques indios que odiaban á Motezuma, pasando los aliados de cincuenta mil, los cuales, unidos con los españoles, formaban un ejército respetable.

Motezuma, noticioso de esta alianza y deseando que Cortés no llegase hasta donde él estaba, le envió nuevos embajadores con magníficos presentes, con el objeto de que, deslumbrado por los regalos, no pasase adelante y se embarcara. Pero, conociendo Cortés el objeto de estas embajadas, dijo que no retro-



Cómo ayudó Juanita a su mamá

cedería hasta haber visto y hablado á Motezuma, y que era inútil intentar lo contrario.

Los soldados, al saber esta resolución, volvieron á inquietarse; pero entonces, resuelto á cortar de raíz estas insurrecciones, hizo que sus soldados destruyesen ellos mismos los medios de retirada, las naves.

Esta célebre acción de Hernán Cortés le valió una ovación general en todo el mundo, pues por ella quedaban aquellos soldados en una tierra desconocida, sin más recursos que vencer ó morir; y viendo éstos que era imposible otra cosa, se decidieron por lo primero.

Apaciguados los ánimos, se internó con su ejército en el territorio mejicano, acompañado, además, por algunos de sus aliados; y después de un viaje muy

penoso llegaron al país llamado de Zocathán, cuyo cacique, aunque muy adicto á Motezuma, hizo buena acogida á los españoles. De Zocathán á Méjico hay dos caminos: uno pasa por Cholula, y los habitantes eran partidarios de Motezuma; y otro por Tlascalala, y eran enemigos mortales de este emperador. Cortés siguió el de Tlascalala á ruego de sus aliados.

Tlascalala era entonces una poderosa república, y Cortés, conociendo que sería de mucha importancia para sus planes la amistad de los tlascaltecas y deseando además tener nuevos aliados contra Motezuma, envió allí cuatro em-



Felisa y su bote

bajadores indios. Sorprendidos los tlascaltecas, reunieron consejo para ver qué convenía hacer. Un cacique opinaba que sería una locura atraerse la cólera de hombres tan poderosos; pero otro, llamado Xicontencal, opinó que debía emplearse la guerra para alejarlos, y todos los demás opinaron lo mismo.

Cortés, impaciente con la tardanza de los emisarios (á quienes habían preso los de Tlascalala para ga-

nar tiempo) y sospechando una emboscada, adelantó con su ejército, y descubrió al pie de una colina á los tlascaltecas, cuyo número ascendía á unos cuarenta mil hombres mandados por Xicontencal.

La proximidad de la noche hizo que se suspendiese la batalla para el día siguiente, y en cuanto amaneció dispusieronse los dos ejércitos para el combate. Cortés distribuyó su gente como en Tabasco, y él se puso al frente de la caballería para cargar á los indios en el momento oportuno. En este momento los tlascaltecas acometen á los españoles lanzando grandes gritos y cubriéndoles de una nube de piedras y de flechas; pero conociendo pronto, como los de Tabasco, la inutilidad de estas armas, se lanzan sobre los españoles blandiendo los sables, montantes, mazas y azagayas. Los españoles sostienen el choque y responden con un fuego destructor que se lleva filas enteras de indios; mas no por esto cedieran los indios si Cortés no se arrojase sobre ellos, en este momento, con la caballería. La vista de los caballos los llena de terror, atropéllanse unos á otros, y, por último, introduciéndose el desorden en sus filas, comienzan á huir en todas direcciones, dejando el campo cubierto de cadáveres.

Después de esta batalla, y después de haber perdido otra los tlascaltecas, encontráronse indecisos y sin saber qué hacer; pero los ancianos, considerando á los españoles como hijos del Sol y creyendo les protegía este astro, acorda-

ron atacarlos por la noche en su campamento. Esta resolución no trajo para ellos más que una nueva derrota, y comprendieron, al fin, que lo que les convenía, con aquellos poderosos extranjeros, era la paz y no la guerra.

Firmóse, pues, aquélla bajo los más favorables auspicios, y los españoles entraron en Tlascalala, siendo magníficamente recibidos, el día 23 de setiembre de 1519.

Cortés prosiguió en seguida su marcha sobre Méjico, y Motezuma, viendo que le tenía más cuenta la paz que la guerra, salió él mismo á recibirles y les proporcionó un edificio para alojarse y establecer su cuartel.

En esto supo Cortés que había llegado una escuadra de parte de Velázquez con orden de llevarle preso á Cuba; pero Cortés logró prender al jefe, y los soldados le aceptaron como tal á él.

Motezuma fué asesinado por sus mismos vasallos en el cuartel de los españoles, y Cortés mandó quemar vivo á su sucesor Guatimotzín por haber querido resistir.

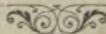
Después de haber sometido el imperio, Cortés recibió en premio de sus servicios los títulos de virrey de Méjico y marqués de Guaxaca, que le otorgó D. Carlos.

Pero más tarde quedó reducido á desempeñar un papel secundario á consecuencia de sus rivalidades con los miembros del Consejo, y, habiendo regresado á España para pedir justicia, sólo halló la indiferencia en el emperador.

Los disgustos abreviaron sus días. Murió á la edad de sesenta y cuatro años, en Sevilla, abandonado de todos.

¡Tal fué el fin de uno de los más grandes genios que ha producido la humanidad!

JOSÉ MAS Y DEL RIBERO



— NUESTROS GRABADOS —

UN FRACASO

El tío Santiago quiso llevar un día á su hija Emilia á dar un largo paseo por el bosque, y al efecto enganchó al carrito su caballo alazán, animal muy inteligente que iba al pasto y volvía solo sin que le condujeran. Llegados al bosque, y como hacía mucho calor, padre é hija se echaron sobre el césped á la sombra de un frondoso árbol, donde quedaron dormidos muy pronto. Su sueño duraba ya más de dos horas, é, impacientado el caballo, al que sin duda le hacía falta ya el pienso, alejóse poco á poco en dirección á la casa; pero, como avivara después el paso, tropezó contra el tronco de ese árbol y rompióse una rueda del carricoche.

Cuando despertó el tío Santiago, comprendió al punto lo que había sucedido, y hubo de emprender la marcha á pie. A la mitad del camino vió al pobre caballo, que, comprendiendo su falta, esperaba sin duda el castigo; pero su amo lo tomó á broma, y con ayuda de un labrador arregló el vehiculo para volver á su casa.

LAS DOS CABRAS

Mauricio tenía una cabra de color castaño, y también un carrito, al cual solía uncir aquélla para pasear por el campo, acompañándolo con frecuencia su amiguito Tomás. Cuando llegó el cumpleaños de este último su padre le regaló también una cabra, pero tenía el pelaje blanco, y los cuernos negros.

Cierto día, después de una considerable helada, Tomás quiso ir á visitar á su amigo para que viese la cabra, la cual unció también á su carrito; hecho lo cual, emprendió la marcha. Al revolver un ángulo que el camino formaba divisó á Mauricio, y, como la senda era demasiado estrecha, quiso apartarse á un lado; pero la cabra se resistió, empeñándose en seguir adelante, sin hacer aprecio de las riendas.

—Será preciso que te apartes tú, Mauricio,—gritó Tomas.

—Yo no puedo,—contestó el otro,—porque mi cabra no quiere obedecer.—Y como los dos animales siguieran avanzando, embistiéronse con toda su fuerza, como suelen hacerlo las cabras, resultando de aquí que los conductores y sus carritos rodaron por el suelo.

Malo es que los niños y las cabras obren siempre á su antojo.

CÓMO AYUDÓ JUANITA Á SU MAMÁ

—Yo quiero ayudarte,—dijo un día la pequeña Juanita á su mamá al verla muy ocupada preparando los ingredientes para hacer una torta.

—Bueno,—contestó la mamá;—aquí tienes harina, leche y azúcar. Comienza por hacer la masa, como yo la hago otras veces, y cuando hayas concluido la pondremos en el horno.

Juanita comenzó su tarea con la mejor voluntad, pero en el mismo instante la mamá hubo de subir á su cuarto para buscar alguna cosa, y, entretanto, la joven cocinera, tomando la sal por azúcar molida, echó en la masa cuanto quedaba en el bote. Cuando se probó la torta después de cocerla en el horno, fué preciso tirarla; y tanto se rieron todos del primer ensayo de Juanita, que ésta no se brindó en mucho á meterse á cocinera.

FELISA Y SU BOTE

Felisa se recreaba mucho en la contemplación del mar: repugnábale bañarse, pero era muy aficionada á jugar en el agua.

Un día, hallándose junto á su bañera, y en el momento en que su mamá iba á la cocina, arrojó uno de sus zapatitos al agua figurándose que botaba un barco al mar, como lo había visto hacer en el puerto. Al principio el objeto flotó, pero cuando se hubo llenado de agua fué á fondo, lo cual hizo llorar á la niña. En aquel momento llegó su mamá y apresuróse á sacar el zapato del agua, con gran descontento de Felisa, que hubo de renunciar á un pasatiempo tan agradable para ella.

EN EL PRADO

Todo el día está la niña Berta en el prado. Apenas raya la aurora, levántase y quisiera ir allí; y como aun no tiene la edad suficiente para llevarla al colegio, sus padres no se lo impiden. Se pasa las horas corriendo de un lado á otro en busca de flores y mariposas, y no vuelve á su casa hasta la hora de comer. ¡Qué feliz sería Berta si pudiera pasar la vida así!

JINETES NOVELES

Pedro, Pilar y Lucía, y además una muñeca, han sido colocados en el caballo viejo de su papá para dar una vuelta alrededor de la casa. ¿Si caerán, si no caerán? Gritan de tal modo, en su loca alegría, que es de temer un fracaso; pero el manso cuadrúpedo parece conocer la inexperiencia de sus infantiles jinetes, y los conduce sanos y salvos á su casa. Los niños no recordaban haber hecho nunca una excursión tan deliciosa.





En el prado

EL MANZANO

(Continuación)

—¿Irá á dárselo?—exclamó Loveit con una emoción difícil de pintar.

—¿Qué?—preguntó Hardy.

—¡Oh! ¡Qué malo! ¡Qué cruel!

—Pero ¿quién es ese malo? ¿quién es ese cruel? Expílicate.

Y Hardy, previendo un peligro que correr ó una desgracia que evitar, ejerció sobre Loveit bastante ascendiente para hacerse explicar lo que pasaba. Vestirse en seguida y correr en pos de Tomasín, fué para él negocio de un momento.

—Ten cuidado,—le dijo Loveit,—porque no me lo perdonarán jamás. Por Dios te ruego no me descubras ni digas que te he hablado de ello.

—No te descubriré: puedes estar tranquilo.

Y diciendo estas palabras abandonó Hardy el dormitorio, atravesó corriendo la pradera, saltó por el vallado, siguió prestamente las huellas de Tomasín, y le alcanzó en el momento que arrojaba el pedazo de carne al jardín del pobre hombre.

—¡Ah! ¿Es V., Sr. Hardy? ¿Por qué ha venido V. aquí? ¿No se encontraba V. bien en la cama?

—Vengo, miserable, á que me entregues el veneno que llevas en el bolsillo.

—Y ¿quién le ha dicho á V. que yo llevase veneno? Es una broma. ¿Por qué había de llevarlo? Mire V...

—Dámelo, te digo: lo quiero.

—Por mi honor, Sr. Hardy, no lo tengo: os juro que no lo tengo.

—Sí lo tienes, mala pieza.

En el mismo momento el perro, despertado por el rumor de este coloquio, se puso á ladrar. Tomasín estaba aterrado: temía que el viejo no saliese de su casa y advirtiese el proyecto de envenenamiento que trataba de llevar á cabo. El perro se acercó al vallado, saltó sobre el pañuelo y lo hizo trizas, continuando con sus gruñidos, ladridos y aullidos. Hardy, sin perder valor, esperó el momento favorable: picó con una horquilla el trozo de carne envenenada y lo llevó vivamente á su lado.

Dejamos á nuestros lectores figurarse el placer, la dicha del bravo mozo

después de haber preservado de este modo de una muerte cierta al soberbio animal. Lejos de envanecerse de ello y de tratar de recibir una recompensa por su buena acción, Hardy se volvió tranquilamente al colegio; y disponiase ya á entrar en su dormitorio cuando se encontró cara á cara con el señor Poderoso, el ayudante, que, cruzado de brazos, le esperaba con indignado rostro.



Jinetes noveles

—Venga V. aquí, para que yo descubra sus buenas trazas,—le dijo.—Ya sabía yo que acabaría por descubrirle á V. ... Vamos, venga V. ... Pero... ¡cómo!... ¿Es V.? ¿Es V., Hardy?

—Sí, señor.

—Seguro estoy de que si el Sr. Sincero se encontrara aquí, no querría dar crédito á sus ojos. En cuanto á mí, no sé, á la verdad, lo que pensar. ¿Querría V. decirme lo que lleva V. ahí, en el bolsillo?

—Ya puede V. verlo,—respondió Hardy sacando un paquete.

—¡Cómo! ¡Un trozo de carne! Pero eso no será todo.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Ancha de San Bernardo, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA